

ORACIÓN

Señor Jesús:

Tú dijiste: “mi madre y mis hermanos son los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica”.
Abre nuestro corazón y nuestro ser entero a tu Palabra, para que seamos hermanos tuyos, tu familia.
Danos el corazón abierto, confiado y obediente de María tu madre.
Y que escuchando tu Palabra, podamos decir, como ella: “haz tu voluntad en mí, en nosotros”. AMEN.

TEXTO

MARCOS 10,46-52

«⁴⁶Y llegan a Jericó. Y, salir de Jericó **él** y **sus discípulos** y **una gran muchedumbre**, el hijo de Timeo, **Bartimeo**, un mendigo *ciego*, estaba sentado junto al camino.

⁴⁷Y, al oír que era **Jesús**, el Nazareno, comenzó a gritar y a decir: “**Hijo de David**, **Jesús**, apiádate de mí”.

⁴⁸Y **muchos** le reprendían para que callara; pero él gritaba mucho más fuerte: “**Hijo de David**, apiádate de mí”.

⁴⁹Y, deteniéndose, **Jesús** dijo: “Llamadle”.

Y llaman al *ciego* diciéndole: “Ánimo, levántate, te llama”.

⁵⁰Pero, arrojando su manto y poniéndose en pie de un salto, fue hacia **Jesús**.

⁵¹Y, respondiéndole, **Jesús** dijo: “¿Qué quieres que te haga?”.

Pero el *ciego* le dijo: “**Rabuní**, que *vea*”.

⁵²Y **Jesús** le dijo: “¡Vete!, tu fe te ha salvado”.

Y, de inmediato, *vio* y le seguía por el camino».

COMENTARIO

- Nuestra perícopa parece ser un relato tradicional que Marcos ha retocado sobre todo al principio y al final, como es su costumbre. En cuanto a su estructura, este pasaje aparece en principio como *una interrupción*: Jesús está saliendo de Jericó e iniciando la última parte de su viaje hacia Jerusalén (cf. 10,32), cuando le detiene la importunidad de Bartimeo. No es sorprendente que, en un relato sobre un hombre que depende de su sentido del oído, predominen verbos de «hablar»; formas de «decir» se usan seis veces; «llamar», tres; «gritar», dos; y «reprender» y «contestar», una vez cada una. El pasaje está enmarcado por una introducción que presenta la escena y a los personajes (10,46), y una conclusión que resuelve las tensiones y sirve de transición a la siguiente perícopa (10,52b). En medio hay tres pequeñas escenas: la primera atañe a Bartimeo y la muchedumbre (10,47-48); la segunda, a Jesús, la muchedumbre y a Bartimeo (10,49-50), y la tercera implica a Jesús y Bartimeo (10,51-52a), cada una con el mismo modelo de acción, reacción y resultado.

- 10,46-48: El pasaje comienza con dos referencias a la antigua ciudad de Jericó (10,46a). Así pues, se describe la llegada de Jesús a la *antigua puerta de entrada* a Palestina, así como su salida de ella. Esto sirve para aumentar la desesperación de la grave situación de Bartimeo. No solo es un mendigo ciego, desvalido, dependiente de las limosnas que quieran darle los transeúntes, sino que su única posibilidad de salvación está a punto de desvanecerse, ya que Jesús, apenas llegado a su ciudad, se aleja rápidamente con su rostro orientado hacia Jerusalén (cf. 10,32-34). El peligro de que Bartimeo pierda su oportunidad queda subrayado por el hecho de que la frase «junto al camino» y el tema de oír («y tras oír que era Jesús el Nazareno») han aparecido anteriormente en una descripción parabólica de la semilla arrojada donde no puede dar fruto, ya que es devorada inmediatamente por los súbditos de Satanás (4,4.15).

Bartimeo, sin embargo, no está dispuesto a dejar que su posibilidad de liberación se escabulla tan fácilmente. Informado de que es Jesús quien pasa (10,47a), se permite proferir una tanda de gritos: «Hijo de David, Jesús, apiádate de mí» (10,47b). Este nexo del grito de socorro con el nombre del rey que había fundado la dinastía israelita hace a nuestra perícopa semejante a ciertos pasajes, tanto en la literatura judía como en la pagana, en la que un peticionario suplica un favor a un rey, favor que puede ser la curación milagrosa. Además, uno de los matices del título «Hijo de David» es la realeza y, por extensión, el mesianismo. Estas propiedades se complementan con una segunda dimensión del título, que relaciona a Jesús con el hijo de David, *Salomón*, quien se convierte en un gran exorcista y sanador en las leyendas judías. Por tanto, la invocación a Jesús de Bartimeo como «Hijo de David» *encaja exactamente* con el remedio que busca.

Luego viene el vano intento de la muchedumbre de hacer callar a Bartimeo (10,48). La mención de esta tentativa emplea un término recio («reprender»), que Marcos suele aplicar a la lucha contra los demonios (cf. 1,25; 3,12; 9,25); así pues, la reprobación por parte de la muchedumbre de la inoportunidad de Bartimeo, puede representar en el contexto marcano un intento satánicamente instigado de robar la palabra de esperanza sembrada en ese mendigo sentado «junto al camino». El comentario a Marcos más antiguo, el Pseudo Jerónimo, apoya esta exégesis, puesto que parafrasea 10,48a del siguiente modo: «Los pecados y los demonios ahogan el grito del pobre hombre, que el Señor oyó». Como en el relato de la confesión de Pedro, la proclamación de la identidad mesiánica de Jesús (cf. 8,29) va seguida de un «reproche» endemoniado (cf. 8,32b).

Sin embargo, este intento de hacerlo callar hace que Bartimeo grite más fuerte que antes (10,48b). La persistencia del ciego es ejemplar; cuando el pueblo dice al elegido de Dios que su causa es desesperada, él se dirige a la divinidad con más resolución aún y demuestra así su fe (cf. «Tu fe te ha salvado» en 10,52). Así pues, como en 9,14-27, el centro de la atención está tanto en la lucha para creer como en el milagro mismo; por ello no es sorprendente que el pasaje tenga vinculaciones con un *contexto de culto litúrgico*, en el que la fe se expresa comunitariamente. En particular, el grito repetido del ciego ha entrado en la liturgia cristiana en su forma mateana: *kyrie eleéson* («Señor, ten piedad»: 20,30-31). Así pues, la superficie mundana de 10,47-48 enmascara una lucha titánica entre la bandera real de la liberación de Dios -que avanza hacia Jericó como el nuevo Josué en su subida para «conquistar» Jerusalén- y las fuerzas de la enfermedad y de la opresión demoníaca, que se oponen. En los márgenes de la batalla, junto al camino, se sienta un ciego que lleva tiempo viviendo en el reino de la oscuridad y que, al oír ahora el rumor de la marcha del libertador, se pone a gritar con todas sus fuerzas pidiendo socorro antes de que la esperanza desaparezca en el horizonte. Este ciego, irónicamente, ve con más claridad que el pueblo vidente alrededor de él, quien trata de apagar su perspicacia.

- 10,49-52: El ciego de nuestra historia «ve» con una visión extrañamente penetrante y la agudeza de su perspicacia («Hijo de David»), junto con la urgencia de su petición («Apiádate de mí»), inducen a Jesús a pararse y mandar que se lo acerquen (10,49a). Así pues, Jesús mismo invalida la resistencia de sus partidarios para atender a las necesidades de la persona que lo ha abordado. Transforma así el reproche de la multitud en apoyo: la muchedumbre deja de intentar que Bartimeo guarde silencio y lo anima diciéndole que Jesús lo llama (10,49b). Este cambio repentino de corazón es un toque realista; el amor, como el odio, puede ser contagioso, y el interés mostrado hacia un mendigo por parte de un personaje con autoridad puede convertir rápidamente la hostilidad popular en benevolencia. Pero hay también en juego una cuestión más profunda: si anteriormente en el evangelio un discípulo cercano a Jesús se hace de repente portavoz de Satanás (8,32-33), y si más tarde una

comprensiva muchedumbre de Jerusalén (11,1-10) se transmuta bruscamente en hostil (15,11-15), nuestro pasaje muestra que lo contrario puede ocurrir también.

En respuesta a la llamada de Jesús mediada por la muchedumbre, Bartimeo brinca, tira su ropa y llega hasta Jesús (10,50). Este, a su vez, responde preguntando a Bartimeo qué quiere que haga por él. La respuesta debería ser obvia: ¡curar sus ojos!, pero la demanda de curación es una parte usual en las historias de milagro antiguas. Hay, además, un matiz teológico en la pregunta de Jesús: muestra que él está siempre deseoso de recibir las peticiones de un desesperado. Por cierto, el Maestro acaba de rechazar la petición de Santiago y Juan, que él mismo había suscitado con la pregunta, «¿Qué queréis que haga por vosotros?» (10,36). Santiago y Juan solicitaban plazas selectas en el reino de Dios, mientras que Bartimeo pedía simplemente ver, petición que Jesús está impaciente por realizar.

Bartimeo pide con mayor precisión ver de nuevo y este detalle puede suponer un rayo de esperanza para los miembros de los Doce, incluidos Santiago y Juan. Porque los Doce son personas que han visto, a quienes se ha dado a conocer el misterio del reino de Dios (4,11), que han percibido la majestad y autoridad de Jesús y, por ello, han decidido seguirlo en el camino (cf. 1,16-20; 3,13-19; 6,7-13). Aunque parezca que se han hundido hace muy poco en la ceguera mental, eso no significa necesariamente que la incompreensión habrá de ser su condición definitiva.

En respuesta a la demanda de Bartimeo de ver de nuevo, Jesús exclama: «¡Vete! Tu fe te ha salvado» (10,52a), y la maravilla se deja ver de forma inmediata: la vista de Bartimeo queda restaurada y él decide seguir a Jesús «en el camino» (10,52b). La conclusión de la historia permite superar el género de historia de milagro; sin disminuir el elemento sobrenatural, el *hincapié en el seguimiento* introduce una semejanza con los relatos de llamada en 1,16-20; 2,13-14; y 3,13-19. Ciertamente, Jesús no dice «Sígueme», sino «Vete». Pero el lector cuidadoso del evangelio ya ha aprendido que, en no pocas ocasiones, las palabras de Jesús pueden implicar más de lo que en sí mismas parecen significar a primera vista, o incluso lo contrario (cf. 7,24-30). Como algunos rabinos posteriores, Jesús aparta con la mano izquierda, pero impulsa con la derecha, que es más fuerte. Bartimeo, al sentir esta dimensión oculta en las palabras de despedida de Jesús, ejerce la libertad que Jesús le ha dado («Vete») para escoger la vida del discipulado que, gracias a su visión restaurada, percibe como la consecuencia lógica de la fe que salva, que lo ha liberado de la oscuridad.

La función paradigmática de Bartimeo como *símbolo del nuevo discípulo de Jesús* está de acuerdo con la observación de que ciertos rasgos del relato *evocan el bautismo* cristiano primitivo. Muchas fuentes antiguas describen el bautismo como una «iluminación», y otros rasgos del relato de Bartimeo evocan el bautismo: el desnudarse en 10,50, la orden de levantarse (cf. Rom 6,4), la fórmula «Tu fe te ha salvado» y el vocabulario del «camino» (cf. Hch 9,17-18; 18,25; el primer pasaje une el bautismo de Pablo con la restauración de su vista).

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo **que** adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Peticiones, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza